

LIBROS

Una novela andaluza

NI soy crítico literario ni intento otra cosa con estas líneas —aparte de hacer algunas observaciones desde el punto de vista lingüístico— que dar una impresión de lectura de *Las mil noches de Hortensia Romero*, novela de Fernando Quiñones finalista del último Premio Planeta. Y si me decido a darla es porque creo, con Auden, que el gusto personal no es un procedimiento infalible, pero sí el menos falible de los procedimientos a la hora de enjuiciar una obra artística o literaria. Suscribo también la idea de Ortega de que todo escritor tiene derecho a que busquemos en su obra lo que en ella ha querido poner. "Después que hemos descubierto esta su voluntad e intención —añade nuestro más riguroso crítico literario— nos será lícito aplaudirla o denostarla. Pero no es lícito censurar a un autor porque no abriga las mismas intenciones estéticas que nosotros tenemos". Así es que no vamos a pedir peras al olmo ni innovaciones novelísticas o profundidad filosófica al libro de Quiñones.

Durante tres días, Hortensia Romero, puta malagueña de cincuenta y pocos años y todavía de buen ver —según ella dice, y aunque le esté mal el decirlo— se confiesa ante un magnetófono para la encuesta de una estudiante de Sociología. Se trata de un pretexto, ni mejor ni peor que otro cualquiera, para que el autor se esfuerce en hacérsela oír directamente, con su propio acento y su propia voz. Nos encontramos, pues, ante un largo monólogo no interior, sino verbalizado —entre enumeración caótica a lo Leo Spitzer y asociación libre a lo Sigmund Freud—, un poco a la manera de *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, pero en andaluz popular de Cádiz, que alguna ventaja le lleva, posiblemente, al castellano coloquial de Valladolid.

Y es éste el principal punto a favor de este libro: el buen oído y la habilidad de su autor no ya para captar, sino para transmitir el tono con los medios justos, sin pasarse ni quedarse corto. Desde el punto de vista lingüístico-literario, podemos apreciar dos

aciertos fundamentales. El más evidente está en el modo de transcribir fonéticamente el habla popular andaluza. Entre el Escila de una ortografía estrictamente académica y la Caribdis de una transcripción más fiel, con inevitables connotaciones quinterianas y pandereteras, Quiñones ha optado por la única solución inteligente, que consiste en subrayar ciertas palabras de fonética especialmente dialectal o popular —mu desconcertaitos,

pa to sus muertos— y marcar así, sólo de cuando en cuando, el tono y el acento de la confidencia.

El otro acierto importante está en el nivel morfosintáctico, donde Quiñones no rehúye el vulgarismo expresivo —"lo que me se venga a la boca", "calles muy grandisimas", "el campo furbó"—, aunque tampoco lo prodiga, guardando así un difícil equilibrio entre el lenguaje como medio para contarnos una historia y

el deseo de transmitirnos también la verdad y el sabor del habla viva de su tierra. Por último, en el campo del léxico, el peligro hubiera estado en sacar a relucir una colección excesiva de palabras y acepciones dialectales o gitanas, lo que habría desvirtuado la riqueza real del habla popular andaluza, privándola así de su ritmo y viveza naturales hasta volvérsela empalagosa y engoniparnos con ella. Quiñones se limita a usar las palabras que

ADIOS A LAS LETRAS

Pobres años

CUANDO visité en México la sede de la Embajada de la República Española del exilio, en 1973, yo sabía que estaba entrando en un símbolo.

Hay símbolos que tienen puertas y ventanas. Son los símbolos a los que les entra el aire, y por eso se mantienen vivos, en buena parte.

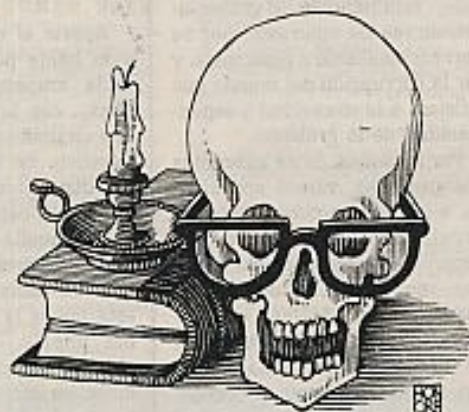
Hay otros símbolos en los que entran los historiadores y hallan naftalina. Son símbolos muertos que luego viven en los libros, descubiertos en su esplendor y relatados luego con oro y plata, como los recuerdos de los faraones egipcios.

Hasta los libros de la Embajada republicana de España estaban amarillos. Hay símbolos que son amarillos. Se les ponen colores a los lados y son símbolos para unos o para otros, dependiendo de qué clase de color coloque uno, y si éstos son iguales entre sí o diferentes. Luego la gente pone esos colores en las solapas y te paran por la calle a ver por qué no los llevas.

Uno nació en un mojón fronterizo. Ese es mi problema. Todos los símbolos me son propios, porque de ninguno me siento dueño. Hay en mi cuarto de trabajo una frase de Pierre Drieu de La Rochelle que nunca había transcrito: "Si yo hubiera sido un niño abandonado en un mojón fronterizo, ¿cuál hubiera sido mi patria, mi religión, mi clase?". Yo fui ese niño. La Rochelle no tenía por qué saber que había un ejemplo sobre la tierra. Mejor, sobre el mojón.

Pero, a lo que iba. Me apasionan los símbolos cuando dan estertores, cuando poco a poco los van sepultando y ellos se alzan como si temieran perder la camisa o la vida. Por eso me acerqué con respeto aquel mediodía a aquella vieja, desvencijada, histórica cita de españoles históricos. Desde mi mojón, yo allí aparecí como un invitado de tierra.

Me traje a la memoria la visión de aquel lugar un anuncio que acabo de escuchar en la televisión mientras comía un jamón de Trévez, el mejor jamón de diciembre. En enero ya es bueno probar jabugo. Desde la pantalla decían que iban a apa-



recer unos fascículos de *Bravo Morata*, un historiador, al parecer, sobre los juicios que ahora podrían hacerse a la Historia pasada, y los anunciadores ponían en el mismo saco, en el mismo renglón, acto y seguido, sin solución de continuidad, a la República española y a la talidomida. ¿Con qué cara van aquellos años a defenderse de la Historia si se les pone en tal atroz compañía? ¿Con qué cara hubiera recibido Azaña, e incluso Negrín, que era científico, qué hubiera dicho Besteiro, con qué armas iba a defenderse Araquistáin, cómo hubiera reaccionado Marañón si se les informa desde esta tumba a la ultratumba que iban a ser juzgados en igual saco que dicho medicamento desafortunado?

Fue una noche aciaga para mis recuerdos. Los pobres años reducidos a un juicio de la Historia, parapetados junto a la talidomida en un hemisiciclo acusador del que provienen las invectivas del historiador. "¿Es usted culpable o inocente?". Toda la vida respondiendo a tan falaz pregunta, viviendo pobremente en la sierra de Teruel y en la memoria de los que se olvidan.

Esperemos, en fin, que la Historia defienda bien aquellos pobres años, tan ricos, sin embargo, que ya hasta aparecen en televisión, aunque sea junto a la talidomida. ■ SILVESTRE CODAC.